REFLEXIONES

SOBRE LAS CAUSAS DE EXTENDERSE EL CONTAGIO DE LA FIEBRE AMARILLA EN LA PENÍNSULA, Y MEDIOS DE EXTINGUIRLO; ESCRITAS Y MANDADAS PUBLICAR EN GRANADA Á 1º DE DICIEMBRE DE 1804,

POR EL EXCMO. SR. D. TOMAS DE MORLA,

GRAN CRUZ DE CARLOS III., CONSEJERO DE ESTADO, CAPITAN GENERAL DE ESTA PROVINCIA, PRESIDENTE DE LA REAL CHANCILLERIA, Y DE LAS JUNTAS DE SANIDAD DE ELLA, &c. &c. &c.

Granada. Imprenta de Moreno.

Biblioteca Nazionale V. E. III NAPOLI

Los Filósofos que han meditado en la historia del género humano, convienen en que los exemplares y observaciones no ilustran á los hombres, ni les son útiles, para que precavan los precipicios que les manifiestan. No son necesarios siglos para que los olviden: pocos meses, dias y aun horas bastan; y se puede decir: que en general sucede lo que al jugador, que en breves instantes quebranta los votos, protestaciones y promesas que ha hecho de no volver á jugar, de resultas de una considerable pérdida, que lo ha arrastrado á faltar á la probidad, y á oir en consequencia expresiones muy contrarias á su decoro.

Esta indocilidad del espíritu humano á dexarse conducir por la experiencia es

*

tal, que con razon dicen varios Autores, que la de hoy es perdida para mañana; mas no debe sorprehendernos quando se opone al torrente de las pasiones naturales, ó que naturaliza la habitud. La costumbre de dexarse guiar por ellas, de no pensar en lo que se les opone, y sobre todo, la energía con que se sienten, hacen el mismo efecto que los licóres fermentados: ofuscan el alma, y quasi la dexan sin accion; que es lo mismo que los Moralistas llaman ocasion próxima, en la que puesto el hombre quasi siempre prevarica.

De aquí es, notarse con freqüencia, y no causarnos admiracion, el que las pasiones enérgicas y violentas, fermentadas por la cavilacion y fantasia, nos conduzcan diariamente á claros y palpables precipicios; la venganza, ambicion, concupiscencia, avaricia y otras de igual vigor, nos obcecan, cubriendo con un denso velo á la razon, y nos guian á torpezas de que nos avergonzamos despejados, para volver á ellas inmediatamente.

El hombre que exercita su entendimiento, y no lo tiene como el avaro los tesoros, percibe desde luego el principio de estos desórdenes: lo indecoroso é inmoral de una accion, sus funestas resultas, y aun la

idea de la misma muerte, todo se disipa y desaparece por la viveza enérgica de una pasion exáltada que no vé, oye ni entiende sino lo que pertenece á su saciamiento: próximo este, lo mas real, fidedigno y útil, se reputa como una vana apariencia.

Debemos deducir de estas ideas: que quando los hombres se deslizan ó precipitan en desbarros que á primera vista les son perjudicialisimos, están impelidos por causas enérgicas y seductoras: lo contrario, seria reputarlos dementes, incurriendo en un absurdo ú orgullo insufrible, quando se trata del comun de ellos.

Esta reflexion nos mueve á inquirir quales pueden ser las causas de que, segun todos los Escritores de las pestes, y la experiencia de cincos años seguidos, todos los Pueblos procuran con teson y empeño ocultar las epidemias de que se ven inficionados, á pesar de no ignorar la triste, lamentable y horrorosa catástrofe que les espera por su propagacion. Apénas hay hombre que dexe de sacrificarlo todo por la vida; solo el héroe, y el frenético y muy vicioso, la posponen al honor ó al vicio; y no obstante observamos, que generalmente se oculta la peste en los Pueblos, conociendo que de este modo se acoge al enemigo para que nos des-

truya : exâminemos , pues , las causas de esta conducta , para ver si se hallan medios de vencerlas ó disiparlas.

La primera causa que se nos presenta de la ocultacion del contagio , es el interes personal de nuestra propia conservacion , y comodidad ; nos persuadimos que en nuestras propias casas y lechos , rodeados de nuestras familias y amigos , asistidos de los Profesores de que tenemos mayor confianza , y cuidados por manos que mueven el cariño y los lazos mas estrechos por naturales , estaremos mas consolados en las dolencias , y con muchos mas medios y recursos para superarlas. La idea de que en manifestándonos infestados nos conducirán á Lazaretos , que la imaginacion , exâltada por el mal y el temor , nos los representa súcios , descuidados, sin asistencia , y un teatro de horror , donde estaremos separados de quanto amamos y nos es grato , es regular que sofoque la sensacion razonable y humana de no exponer á nuestros criados , amigos , padres , hijos , muger , á ser contagiados por nosotros mismos, que en tal caso venimos á ser sus crueles verdugos. Solo el varon fuerte es capaz de juzgar rectamente en semejantes ocasiones.

Parece verosímil , que la familia de un infestado lo denunciase al momento que se im-

pusiese de que lo estaba : la naturaleza lo exige , prescribiéndonos ante todo nuestra propia conservacion : la razon lo dicta , y la sociedad lo manda ; pero se oponen el cariño , respeto , habitud , y sobre todo la mordaz sátira con que la malignidad humana suele denigrar las acciones mas virtuosas : se diria que la muger quiere libertarse del marido , ó este de ella ; que el hijo desea heredar al padre , ó este desprenderse de un hijo que no ama. De otra parte : la esperanza de que podria no ser la enfermedad contagiosa , que será benigna , que la asistencia doméstica curará al paciente , que ciertas precauciones estorbarán que se les comunique , y sobre todo el lenguage lisongero de los Médicos , todo contribuye eficazmente á la ocultacion en las familias.

Los criados , que no sean antiguos , y los vecinos , que deberian ser otros tantos argos para ver y denunciar los infestados, tampoco lo executarán : los primeros por no perder su acomodo , y no atraerse la mala opinion de que venden á sus amos ; la lealtad en ellos es siempre laudable : y los vecinos están engañados con que la enfermedad tiene otro principio , y léjos de desconfiarse , van á visitar los pacientes é infestarse.

El interés en los Médicos , y no conocer

al principio el mal, es otra de las causas mayores de extenderse y propagarse un contagio: á la verdad está muy en el órden de las cosas lo que aconteció en Cádiz y Málaga en 1800. Los mas de los Profesores ni aun de oidas conocian la epidemia llamada fiebre amarilla, siempre confundida con el vómito negro, peste no comun en nuestro clíma. La variedad de síntomas, y los diversos aspectos con que se presentan los enfermos, unos mortales desde luego, y otros que apenas se pueden llamar constipados, aumentan las dudas de un Profesor inexperto en esta fiebre indigena de América, hasta el grado que le es imposible caracterizarla.

Mas no puede suceder lo mismo en los Pueblos que una vez han sido infestados, y ni aun en otros, á los Profesores experimentados, ó que han estudiado las memorias publicadas despues de 1800, que exponen los síntomas característicos de la fiebre amarilla; y ménos quando ésta ha infestado ya alguna Ciudad; pues es natural atribuir los síntomas malignos, no comunes é inobservados ántes por los mismos Profesores, á esta epidemia, que ademas no puede confundirse sino con las fiebres llamadas malignas, de la misma naturaleza que las hospitalarias,

de campamentos, cárceles, todas contagiosas, y que por fortuna deben tratarse con el mismo método curativo, esto es, con eméticos y tónicos: de consiguiente nada habria perdido en confundir unos enfermos con otros, para separarlos de comunicacion.

El verdadero orígen de la ocultacion ó disimulo del contagio por el comun de los Médicos, y singularmente de los que merecen concepto, está en su interés, y en su docilidad y humanidad. No pueden resolverse á que sus prácticas los abandonen, porque los crean denunciadores; las lágrimas, plegarias, y donativos de los interesados los vencen á semejantes ocultaciones criminales; y la impunidad de este delito los ha autorizado en cierto modo á incurrir en ellas. De otra parte: como el vulgo suele estar en la persuasion, que un Profesor nunca se yerra, porque los charlatanes de todas las profesiones lo imbuyen en que su ciencia es completa é infalible, aun el Médico mas sábio teme mudar de pronóstico, y repugna, por no desacreditarse, el confesar, con la sencilléz que inspira la misma ciencia, que se ha equivocado en el conocimiento y clasificacion de una enfermedad.

El interes público influye tambien en gran manera en la ocultacion de los conta-

gios : todos temen que manifestándose un pueblo contagiado se le cierre la comunicacion, cese su comercio, no tengan salida sus frutos, ni entrada los que necesitan ; entónces se reunen todos para ocultar la epidemia por todos los medios posibles : el comun de Médicos entra en la trama, se caracteriza el mal de fiebres malignas, calenturas nerviosas, estacionales, endémicas, catarrales, tabardillos ó tercianas ; todo mal es indiferente como no se llame fiebre amarilla. El hombre, naturalmente desidioso, no gusta, por lo general, de pensar, ni deducir conseqüencias ; asi no vé sino lo que tiene delante de su vista, y no lo oculto ; aprecia lo de poco valor inmediato, y pospone lo remoto por apreciable que sea, é igualmente evita un corto daño presente incurriendo en los mas tremendos venideros. La Religion, la Filosofia, se cansan ordinariamente en vano demostrando lo contrario, y que las resúltas de un tal proceder son funestísimas. Málaga y Cádiz han disimulado el contagio, por no ver cerrados sus Puertos, con grave perjuicio de su comercio ; y esta ocultacion solo ha servido de sumergir estos ricos Pueblos en los desastres de la peste, y la incomunicacion. En ninguno ha prevalecido la fiebre amarilla en que el temor de la inco-

municacion no haya contribuido eficazmente á ello. Los vicios regularmente envuelven su condigno castigo en ellos mismos : así como el sobervio suele ser el mas humillado, el sordido interesado, que no se resuelve á tener pérdidas moderadas, se arruina. En fin este interés de que se trata, tiene muchas ramificaciones, que tal vez no conviene individuar, y aun es de recelar que obre tambien en conseqüencia del proverbio que dice: *consuela á los miserables ver padecer á muchos.*

Las preocupaciones á favor de ceremonias usadas, la vanidad de los Cuerpos y pudientes, forman otro deslizadero para precipitar los Pueblos en un contagio. No hay verdad mas constante, demonstrada y palpable, que la de que no se cortan los progresos de una peste, sino separando lo que ya esté infesto, y quanto pueda estarlo. De aqui la necesidad de Lazaretos de enfermos, donde se transfiera sin ninguna excepcion todo contagiado : de otros de observacion y ventilacion, donde vayan sus familias y vecinos ; y otros de convalecencia : que los enterramientos se executen sin aparato, y en el campo : que se hagan sin acompañamiento : que se prohiban las procesiones, juntas, y aun se cierren los Templos. ¡Qué con-

trastes para la vanidad y preocupaciones! ¿Seré yo tratado, dirán muchos, á pesar de mi esclarecida alcurnia, de mis títulos, de mi alta dignidad, de mis méritos, de mis crecidas rentas, de mis quantiosos caudales, de mi sagrado carácter, como el hombre mas vil y soez? No basta decirles, que se les aposentará mejor, con aseo y comodidad, que tendrán toda la asistencia que quieran y puedan costear; pero que exhalando iguales ponzoñosos eflúvios que el pobre deben ser separados de la sociedad aun con mayor razon, porque podrán inficionar á mas crecido número; porque corromperán los guardas que se les pongan para observar sus casas; y porque éstas, por su extension, serán mas dificiles de guardar, y tendrán mas vecindario. Mas ningunas razones les harán deponer su vanidad, y obrar en consequencia de aquella terrible verdad: polvo eres, y en él te convertirás. Otro exclama: mis abuelos gastaron una gran parte de sus haciendas en un Patronato de Iglesia ó Capilla, para que ellos y sus descendientes tuviesen enterramientos separados, y dignos de su nobleza; y ahora, privándonos de nuestros derechos y propiedades, se nos quiere enterrar en el campo, rodeados de la mas baxa plebe, donde nuestros huesos se

confundirán con los del verdugo. No se sosegará por decirle: que se le venderá terreno en que podrá erigir el mas soberbio mausoleo, ó una pirámide como las de Egipto. Otro se lamentará diciendo: ¿Qué, se me privará de las misas y sufragios de cuerpo presente: de que mi cadáver esté al pie de los altares, y á la vista de las Santas Imágenes ante quienes tanto he orado, y que he reverenciado? De nada servirá decirle: que hay una implicacion en sus discursos; pues que pretende hacer ofrenda á quienes tanto amá y adora, de un cuerpo pestilencial, fétido é inmundo, en vez de un espíritu humillado y contrito, que deponiendo toda vanidad exerciese el precepto de Jesuchristo, que despreçia, prefiriendo su obstentacion á la salud y vida de sus próximos.

Seria muy difuso si indicase solo la multitud de discursos de esta naturaleza, con que el hombre vano y preocupado, desnudo de virtudes sólidas, quiere sostener lo que llama sus derechos, prerrogativas y fueros, quebrantando todas las virtudes cristianas y sociales, exponiendo su patria á ser desolada por el espantoso y cruel azote de la peste; pero no puedo prescindir de un medio de que se echa mano en tales ocasiones para resistir á las providencias de un Gobierno, que todo lo

sacrifica al bien general, y al cumplimiento de sus obligaciones: tal es el desacreditarlo, ridiculizarlo y aun acusarlo. En la realidad, no hay principio que tenga mas sectarios que el abominable de *hágase lo que reputo bueno ó útil, y sea por los medios que se quiera*: asi como en los certámenes escolásticos los que arguyen y defienden, deponen, por lo comun, la buena fé, y procuran salir victoriosos sorprehendiendo y alucinando á su adversario con proposiciones equívocas, textos truncados ó alterados, prevaliéndose del menor desliz, y usando de ironías y sarcasmos para ridiculizarlo; del mismo modo, las personas que debieran dar el tono de rectitud y decencia en la sociedad, se prestan á este iniquo modo de combatir, para triunfar de quien resiste á lo que se imaginan debe seguirse por serles cómodo. Si se dudase de estos hechos bastaria observar lo acontecido en esta Ciudad de Granada: la malignidad de pocos quiso triunfar de nuestros desvelos, y para ello imaginó la falsedad mas notoria y evidente, qual fué la de negar la exístencia del contagio. Las certificaciones de los Médicos, segun ellos, eran efecto de mis amenazas ó de su lisonja: mas de trescientas víctimas, arrojando sangre, ó teñidas de amarillo, lo eran del mal pan: las calles enteras, infestadas con uno ó

mas muertos en cada casa; no eran pruebas seguras de la peste: se negaba, en fin, un hecho el mas constante y auténtico, y se me pintaba como á un Nerón, que sacrificaba á su placer tantas víctimas. Como el corazon humano se complace en hallar defectos en los que se distinguen, esta trama se propagó por todo el Pueblo, y sus plumas la extendieron por todas partes. Un corazon iniquo á todos atribuye los sentimientos de que abunda. Me he satisfecho despreciando las invectivas; no castigando á algunos de sus autores que me han sido denunciados; y sobre todo, teniendo el sumo placer de haber cortado los progresos de la fiebre, librando de la muerte algunos millares de personas.

No sorprehenderá si, descubiertas tantas causas para que un contagio se propague, tengamos que asignar, por la última y sello de las demas, la debilidad de los Jueces y Magistrados. ¡Infeliz el que tiene que luchar, y estar combatido al mismo tiempo por todas las clases del Pueblo que gobierna, y que solicitan contra la razon, la justicia y el bien general, á que se oponen por todos medios y maneras! Sus oidos estarán continuamente heridos de los sollozos y gemidos de la esposa, madre é hija, que piden no se las separe de su amado esposo, tiernos hijos ó adorados pa-

dres: su corazon se encontrará oprimido por las insinuaciones de los que por su clase ó confianza intentaran persuadirle por todos medios, que la dulzura, la condescendencia en tales circunstancias lo harán amado del Pueblo: que el riesgo no es tan grande: que los Médicos prometen sofocar el mal: que espere en la Divina Misericordia, en cuyas manos debemos ponernos: que de una declaracion de contagio por su parte resultará la incomunicacion, un estrecho y angustiador Cordon; y en fin, que á nada se expone si por desgracia se infestase el todo; pues los nombres de estacionales, catarrales, &c. sostenidos por los Médicos, lo sacarán á salvo. Si á tales seducciones de todo el Pueblo, se le representa la idea de una conspiracion quasi general para desacreditarlo, insultarlo, hacerlo odioso, perderlo, y entorpecer sus disposiciones ¿Quién resistirá? Solo una certeza evidente de que manteniéndose constante preservará al Pueblo que de lo contrario seria víctima de la peste, un caracter firme y decidido, y una conciencia limpia, que no tema lo puedan acusar con justicia, ni morder sin iniquidad, son quienes pueden sostener á un Juez ó Magistrado en tal conflicto. Pero lo ordinario será lo contrario, que dará vencido; y asi se ha visto quasi en to-

dos los puntos donde el contagio ha aparecido.

¿Si son tan multiplicadas y fuertes las causas de que se haya extendido la fiebre amarilla, quién podrá contrastarla otro año? Dos medios se presentan, de que vamos á tratar.

1.º El que se persuadan y convenzan todos los Pueblos, singularmente de Andalucía, Murcia y Valencia, de que el único, é infalible medio de no infestarse una Ciudad en que vuelva á manifestarse el contagio al principiar el verano, es conducir los enfermos remotamente sospechosos de él á un Lazareto, fuera de poblado, y sus familias á otro de observacion, y fumigar varias veces las casas y muebles con gases ácidos minerales, de los que el mas cómodo, pronto y barato, es el azufre quemado. Salgo por garante que si asi se executa, no llegará á un número considerable el de los inficionados en ningun punto. Se objetará: que es dura la separacion de las familias, el abandono de las casas, é ir á parages incómodos, desaseados, estrechos y sin asistencia. Estos pretextos serán frívolos, y aun pueriles, si de los Propios, si de donativos ó contribuciones de los pudientes, si de la caridad generosa é interés real de los vecinos, se proporcionan

para Lazaretos edificios cómodos, ventilados, aseados, y con la mejor y mas humana asistencia. Los cortos gastos que se puedan hacer, serán infinitamente compensados por los perjuicios que se evitarán: las almas nobles para quienes sean un vivo placer y completa satisfaccion los actos de humanidad, se hallarán en la execucion de lo que proponemos ampliamente recompensadas. ¿Qué alborozo excitará en quien no es un monstruo, la idea de haberse salvado á si mismo, su familia, amigos y patria? Solo el infame y rígido egoista está privado de este virtuoso, vivo y sumo deleite.

Se replicará asimismo: los Eclesiásticos y Médicos que asistan á estos enfermos, comunicarán el contagio, porque no querrán encerrarse con ellos. Habrá tal vez algunos que hayan pasado el contagio: se podrán, si no, buscar en otro Pueblo: bien pagados los Profesores, no faltará quien se transfiera al Lazareto; y en todo caso se les puede obligar, por los mismos principios que se quintan soldados para entrar en las batallas, es decir: porque el salvar la Patria es la ley suprema. Lo mismo diremos de los Eclesiásticos, que ademas tienen ménos riesgo, porque pueden administrar, sin tocar, con otros vestidos, fumigarse despues, y ha-

bitar con separacion. En fin se dirá : que será duro, y cruel, conducir por solo sospechas á un Lazareto de enfermos, al que lo esté de otra enfermedad que la fiebre amarilla, para que se contagie en él. Responderemos; que son tan sencillos y perceptibles los síntomas del contagio, que es imposible que un Médico experimentado, qual será el del Lazareto, se equivoque : que la única enfermedad con quien al principio puede confundirse es la calentura pútrida maligna, la qual es tambien contagiosa, y se cura con las mismas medicinas, como dexamos dicho, y que no pudiendo ser muchos los enfermos con tal régimen, pueden estar con separacion.

Me lisongeo de que he disuelto todos los reparos al medio propuesto; mas esto no basta si la generalidad no lo comprehende, ó no admite. Confieso mi insuficiencia para que mis persuasiones sean eficaces; pero imploro, y convido á está importantísima y humana empresa, el cayado de los Pastores : la voz, autorizada y respetable, del eloqüente y virtuoso Orador Evangélico; y últimamente, las bien cortadas plumas de los célebres Escritores. Nadie debe excusarse á contribuir al mayor de los beneficios de la sociedad.

***

2° Aunque el arbitrio anterior, para preservar los Pueblos del contagio de la fiebre amarilla en el estío del año próximo, es el mas eficaz suave y humano, no se debe confiar absolutamente en él, porque depende de la conviccion general de los Pueblos, que aunque parezca sencilla, y facilísima por el bien comun que resulta de ella, las preocupaciones arraigadas, el empeño en sostener sus propias opiniones, y las parcialidades tenaces, que ocasionan que el parecer de uno sea el diametralmente opuesto al de su rival, la dificultarán hasta el grado de hacerla imposible, si no es con la continuacion de exemplares. Es, pues, necesario en un asunto de tanta importancia, asegurarse de otro medio que esté menos sujeto á contingencias, porque su uso dependa de menos muelles; y pienso no puede haber otro, que la responsabilidad exácta é indisculpable de los Médicos, y de los Jueces de los Pueblos, ó Comisionados para cuidar de la sanidad.

Si se impone la pena de ocho años de Presidio al Profesor que no diese noticia de un enfermo sospechoso; y si ésta pena se inflixiese infaliblemente á los primeros que faltasen al precepto, seguramente no habria ocultaciones. Segun su caracter, se deberia

imponer la misma, la de imposibilidad de obtener empleo, ó su retiro, al Juez ó Magistrado que no obrase en conseqüencia, extrayendo al enfermo y sus familias á Lazaretos, segun se expuso en el arbitrio anterior. La firmeza, é inexôrabilidad en imponer estas penas, producirán seguramente los efectos que se desean: por lo comun bastarán uno ó dos exemplares hechos públicos, con tal que no haya otros de indulgencia: quando las penas se eluden por el favor ú otros medios, las Leyes, que las imponen, son mas perjudiciales que útiles.

Los Médicos que tienen ciencia y moralidad, los que piensan que sus obenciones son una justa paga de su precioso trabajo en bien de la humanidad, se alegrarán de una tal pena que los dispensa con el Público sus amigos y favorecedores de no prestarse á sus ruegos y plegarias, disculpándose satisfactoriamente con la Ley. La sentirán solo los charlatanes, que desprovistos de ciencia subsisten embaucando; y se gana en confinar á algunos á un presidio. Lo mismo diremos de los Magistrados y Jueces; aun los mas justos é íntegros, para resistir á los impulsos de la compasion, de la eloqüencia de los ruegos de los parientes, amigos, y personas á quienes estan obligados,

necesitan de un broquel semejante : la ley que á primera vista parece serles indecorosa, les sirve de segura barrera contra las sugestiones de quanto podria hacerlos prevaricar. Este arbitrio tiene solo una dureza aparente, quando en el fondo es muy suave , porque seguido con rectitud , serán rarísimos los castigados , y seguros los buenos efectos.

No me atrevo á dexar la pluma de la mano , tan útilmente empleada si ocasiona algun beneficio al Público , sin procurar advertirle : que no debe prestar una absoluta confianza en las fumigaciones tan recomendadas por los Autores modernos. El deseo de hallar un remedio contra todo mal grave ordinario , ha dado origen á una multitud de falsos específicos , que sus autores han procurado acreditar al principio ; pero que despues hallados por la práctica perjudiciales ó inútiles yacen en el olvido. No hay aun motivos para creer de esta especie los gases ácidos minerales contra las epidemias ; pero tampoco para confiar en que son preservativos y desinfestadores seguros, mientras no lo confirmen reiteradas y bien decisivas experiencias, que actualmente no existen. Expongamos las razones que tenemos para excitar dudas contra una virtud generalmente atribuida á dichos gases.

Se sábe que los flúidos aeriformes producidos por el azufre quemado, por el nitro, la sal comun, y esta mezclada con alabandina, quando se cubren con ácido sulfúrico, son ácidos y que de consiguiente tienden á unirse con toda substancia alkalina para formar sales neutras: de aquí, que extendidos por la atmósfera de un edificio se convinarán con el armoniaco, ó alkali volátil que halla en ella, y lo neutralizarán. Si este alkali volatil es un vehiculo ó parte esencial de emanaciones fétidas corrompidas, ó contagiosas, desaparecerán sus efectos por la accion de los expresados gases ó flúidos aeriformes.

De este principio que es incontestable, y del hecho auténtico de haber purificado el célebre Morveau la Catedral de Dijon del olor cadavérico pútrido que la infestaba, por medio del gas de la sal comun, ha tenido origen la opinion general de que tales fúmigaciones destruyen las emanaciones contagiosas de los enfermos apestados de la fiebre amarilla. Se puede añadir para confirmacion de ella: que no es dudable que el contagio de la fiebre amarilla es volatil, y no fixo como otros; y que de consiguiente es verosimil que lo eleve y suspenda en la atmosfera el alkali volatil.

Pero á lo mas todas estas razones son de

congruencia y ninguna demostrativa. Ignórase absolutamente qual sea el *vírus* de la fiebre amarilla, ni si se une al armoniaco, ni si aun separado de éste aunque unido por los ácidos queda sín malignidad. Asimismo, no se suple esta ignorancia de la esencia de la materia virosa de dicha fiebre, por esperiencias exâctas, repetidas y forzosas, de que los gases ácidos minerales la destruyen: se refieren pocas que puedan ser terminantes; y se podrian expresar mas que fuesen contrarias.

No debemos por lo tanto confiar en las fumigaciones de las expresadas substancias, y tranquilizarnos con que por su medio quedan los Pueblos enteramente purificados, y mas si á estas reflexiones se añade la de que es moralmente imposible fumigar, por mas zelo y actividad que se tenga, los géneros de contrabando, las ropas de los contagiados robadas por asistentes y enterradores, y otros efectos. Es indispensable, pues, para precaverse de la fiebre amarilla en lo sucesivo valerse de los dos arbitrios que dexamos propuestos. No por esto se crea que despreciamos las fumigaciones de los gases: la menor probabilidad de que sean útiles basta para usarlos generalmente. Ademas siempre tendrán en todas las epidemias, en los hospitales, y en las casas donde hay enfermos de calenturas pútridas, la